

Unidad avanzada 20 Más allá de lo real

2. La peste del olvido en Macondo

En Macondo la peste del insomnio hace que sus habitantes pierdan la memoria.

[Aureliano Buendía] descubrió que tenía dificultades para recordar casi todas las cosas del laboratorio. Entonces las marcó con el nombre respectivo, de modo que le bastaba con leer la inscripción para identificarlas. Cuando su padre le comunicó su alarma por haber olvidado hasta los hechos más impresionantes de su niñez, Aureliano le explicó su método, y José Arcadio Buendía lo puso en práctica en toda la casa y más tarde lo impuso a todo el pueblo. Con un hisopo entintado¹ marcó cada cosa con su nombre: mesa, silla, reloj, puerta, pared, cama, cacerola. Fue al corral y marcó los animales y las plantas: vaca, chivo, puerco, gallina, yuca, malanga, guineo. Poco a poco, estudiando las infinitas posibilidades del olvido, se dio cuenta de que podía llegar un día en que se reconocieran las cosas por sus inscripciones, pero no se recordara su utilidad. Entonces fue más explícito. El letrero² que colgó en la cerviz³ de la vaca era una muestra ejemplar de la forma en que los habitantes de Macondo estaban dispuestos a luchar contra el olvido: Ésta es la vaca, hay que ordeñarla todas las mañanas para que produzca leche y a la leche hay que hervirla para mezclarla con el café y hacer café con leche. [...]

José Arcadio Buendía decidió entonces construir la máquina de la memoria. El artefacto se fundaba en la posibilidad de repasar todas las mañanas, y desde el principio hasta el fin, la totalidad de los conocimientos adquiridos en la vida. Lo imaginaba como un diccionario giratorio que un individuo situado en el eje pudiera operar mediante una manivela, de modo que en pocas horas pasaran frente a sus ojos las nociones más necesarias para vivir. Había logrado escribir cerca de catorce mil fichas, cuando apareció por el camino de la ciénaga un anciano [...] cargando una maleta ventruda amarrada con cuerdas y un carrito cubierto de trapos⁴ negros. [...]

José Arcadio Buendía lo encontró sentado en la sala, abanicándose⁵ con un remendado⁶ sombrero negro, mientras leía con atención compasiva los letreros pegados en las paredes. Lo saludó con amplias muestras de afecto, temiendo haberlo conocido en otro tiempo y ahora no recordarlo. Pero el visitante advirtió su falsedad. Se sintió olvidado, no con el olvido remediable del corazón, sino con otro olvido más cruel e irrevocable que él conocía muy bien, porque era el olvido de la muerte. Entonces comprendió. Abrió la maleta atiborrada⁷ de objetos indescifrables, y de entre ellos sacó un maletín con muchos frascos. Le dio a beber a José Arcadio Buendía una sustancia de color apacible, y la luz se hizo en su memoria. Los ojos se le humedecieron de llanto [...] antes de avergonzarse de las solemnes tonterías escritas en las paredes, y aun antes de reconocer al recién llegado en un deslumbrante resplandor de alegría. Era Melquíades.

Gabriel García Márquez (escritor colombiano), Cien años de soledad, 1967

1. (Amér.) un pinceau trempé dans l'encre **2.** l'écriteau **3.** le cou **4.** chiffons
5. en train de s'éventer **6.** rapiécé **7.** Llena

1. Una terrible obsesión

El narrador es dueño de un negocio en Laboulaye (Estado de Córdoba, Argentina). Tiene dos empleados, el vendedor Tomás Aquino y el contador llamado Figueroa.

El 14 de enero, al hojear de noche los libros¹, y con toda la sorpresa que imaginarán, vi que la última página del Mayor¹ estaba cruzada en todos sentidos de rayas. Apenas llegó Figueroa a la mañana siguiente, le pregunté qué demonio eran esas rayas. Me miró sorprendido, miró su obra, y se disculpó murmurando.

No fue sólo esto. Al otro día Aquino entregó el Diario¹, y en vez de las anotaciones de orden no había más que rayas: toda la página llena de rayas en todas direcciones. [...]

Desde entonces comenzaron a enflaquecer² visiblemente. [...] Hasta que una tarde hallé a Figueroa doblado sobre la mesa, rayando el libro de Caja¹. Ya había rayado todo el Mayor¹, hoja por hoja; todas las páginas llenas de rayas, rayas en el cartón, en el cuero, en el metal, todo con rayas.

Lo despedimos³ en seguida; que continuara sus estupideces en otra parte.

Llamé a Aquino y también lo despedí. Al recorrer la barraca no vi más que rayas en todas partes: tablas rayadas, planchuelas rayadas, barricas rayadas. Hasta una mancha de alquitrán⁴ en el suelo, rayada...

No había duda; estaban completamente locos, una terrible obsesión de rayas que con esa precipitación productiva quién sabe a dónde los iba a llevar.

Efectivamente, dos días después vino a verme el dueño de la Fonda⁵ Italiana donde aquellos comían. Muy preocupado, me preguntó si no sabía qué se habían hecho Figueroa y Aquino; ya no iban a su casa.

–Estarán en casa de ellos –le dije.

–La puerta está cerrada y no responden –me contestó mirándome.

–¡Se habrán ido! –argüí sin embargo.

–No –replicó en voz baja–. Anoche, durante la tormenta, se han oído gritos que salían de adentro.

Esta vez me cosquilleó la espalda⁶ y nos miramos un momento.

Salimos apresuradamente y llevamos la denuncia⁷. En el trayecto al caserón la fila se engrosó, y al llegar a aquél, éramos más de quince. Ya empezaba a oscurecer. Como nadie respondía, echamos la puerta abajo y entramos.

Recorrimos la casa en vano; no había nadie. Pero el piso, las puertas, las paredes, los muebles, el techo mismo, todo estaba rayado: una irradiación delirante de rayas en todo sentido.

Ya no era posible más; habían llegado a un terrible frenesí de rayar, rayar a toda costa, como si las más íntimas células de sus vidas estuvieran sacudidas por esa obsesión de rayar. Aun en el patio mojado las rayas se cruzaban vertiginosamente, apretándose de tal modo al fin, que parecía ya haber hecho explosión la locura.

Terminaban en el albañal⁸. Y doblándonos, vimos en el agua fangosa dos rayas negras que se revolvían pesadamente⁹.

Horacio Quiroga (escritor uruguayo), Anaconda y otros cuentos, 1921

1. (ici) livres de comptes : Grand Livre, Livre Journalier, Livre de Caisse
2. maigrir **3.** nous l'avons renvoyé **4.** tâche de goudron **5.** l'auberge **6.** mon
dos frissonna **7.** informamos a la gente **8.** les égouts **9.** se tortillaient
lourdement

1. Un sueño de mentira infinita

El protagonista circula en moto por la ciudad.

Cuando vio que la mujer parada en la esquina se lanzaba a la calzada¹ a pesar de las luces verdes, ya era tarde para las soluciones fáciles. Frenó con el pie y con la mano, desviándose a la izquierda; oyó el grito de la mujer, y junto con el choque perdió la visión. Fue como dormirse de golpe.

[...] La ambulancia policial llegó a los cinco minutos, y lo subieron a una camilla² blanda donde pudo tenderse a gusto. Con toda lucidez, pero sabiendo que estaba bajo los efectos de un shock terrible, dio sus señas al policía que lo acompañaba. El brazo casi no le dolía [...]. Se sentía bien, era un accidente, mala suerte; unas semanas quieto y nada más. [...]

Lo llevaron a la sala de radio, y veinte minutos después, con la placa todavía húmeda puesta sobre el pecho como una lápida negra, pasó a la sala de operaciones. Alguien de blanco, alto y delgado, se le acercó y se puso a mirar la radiografía. Manos de mujer le acomodaban la cabeza, sintió que lo pasaban de una camilla a otra. El hombre de blanco se le acercó otra vez, sonriendo, con algo que le brillaba en la mano derecha. Le palmeó la mejilla e hizo una seña a alguien parado atrás.

Como sueño era curioso porque estaba lleno de olores y él nunca soñaba olores. [...] Y todo era tan natural, tenía que huir de los aztecas que andaban a caza de hombre, y su única probabilidad era la de esconderse en lo más denso de la selva, cuidando de no apartarse de la estrecha calzada que sólo ellos, los motecas³, conocían. [...]

–Se va a caer de la cama –dijo el enfermo de la cama de al lado–. No brinque⁴ tanto, amigazo. [...]

Le costaba mantener los ojos abiertos, la modorra⁵ era más fuerte que él. Hizo un último esfuerzo, con la mano sana esbozó un gesto hacia la botella de agua; no llegó a tomarla, sus dedos se cerraron en un vacío otra vez negro, y el pasadizo⁶ seguía interminable, roca tras roca [...], y él boca arriba gimió apagadamente porque el techo iba a acabarse, subía, abriéndose como una boca de sombra [...]. Con una última esperanza apretó los párpados⁷, gimiendo por despertar. Durante un segundo creyó que lo lograría, porque

estaba otra vez inmóvil en la cama, a salvo del balanceo cabeza abajo. Pero olía a muerte y cuando abrió los ojos vio la figura ensangrentada del sacrificador que venía hacia él con el cuchillo de piedra en la mano. Alcanzó a cerrar otra vez los párpados, aunque ahora sabía que no iba a despertarse, que estaba despierto, que el sueño maravilloso había sido el otro, absurdo como todos los sueños; un sueño en el que había andado por extrañas avenidas de una ciudad asombrosa, con luces verdes y rojas que ardían sin llama ni humo, con un enorme insecto de metal que zumbaba bajo sus piernas. En la mentira infinita de ese sueño también lo habían alzado del suelo, también alguien se le había acercado con un cuchillo en la mano, a él tendido boca arriba, a él boca arriba con los ojos cerrados entre las hogueras⁸.

Julio Cortázar (escritor argentino), La noche boca arriba, 1956

1. la chaussée **2.** un brancard **3.** Nombre de etnia indígena inventada por el autor **4.** no se agite **5.** l'assoupissement **6.** le passage, le couloir **7.** les paupières **8.** les bûchers